

Joaquín Fernandois, *La revolución inconclusa: La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2013).

COMENTARIO A LIBRO

## CRÓNICA DE UNA TRAGEDIA

**Alan Angell**

Universidad de Oxford

Joaquín Fernandois es un distinguido historiador del Chile del siglo XX, cuyas obras anteriores se concentran en el terreno internacional<sup>1</sup>. Aunque discute la situación internacional de la época, *La revolución inconclusa* analiza de manera extendida la historia de la izquierda en Chile, especialmente el gobierno de la Unidad Popular (UP), de Salvador Allende.

Pocos temas en la historia de Chile, e incluso de América Latina, han sido objeto de un análisis tan extenso como el Golpe de Estado de 1973. Al principio, muchos análisis tuvieron un carácter marcadamente polémico, ya sea alabando o condenando al golpe; aunque los últimos ensayos han tenido más matices<sup>2</sup>. *La revolución inconclusa* aprovecha

---

ALAN ANGELL. Historiador británico, especialista en Chile. Fue director del Centro de Estudios de América Latina de la Universidad de Oxford e integrante, desde 1966, del St Antony's College. Entre sus muchas publicaciones figuran *Democracy after Pinochet* (London: Ilas, 2007); *Chile, de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1993) y *Politics and the Labour Movement in Chile* (Oxford: Oxford University Press, 1972). Email: alan.angell@sant.ox.ac.uk.

<sup>1</sup> Con libros como *Chile y el mundo 1970-1973* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985) y *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005).

<sup>2</sup> Como el libro de Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011), que hace un análisis magistral de Chile en ese período; o el de Julio Pinto y Verónica Valdivia, *Cuando hicimos la historia* (Santiago: LOM, 2005), que examina los cambios socioculturales de esa época. Los políticos vigentes en ese momento han escrito au-

las obras anteriores —y el autor es generoso en el reconocimiento de las mismas—, pero la envergadura de esta narrativa, el volumen de detalle y la meticulosidad y equilibrio de los principales argumentos aseguran que será parte central del debate, presumiblemente eterno, sobre la caída del gobierno de Allende, las razones tras dicha caída y el balance entre los factores internos y externos.

En el prólogo, Fernandois dice que descartó la idea de recontar una historia general del período, cubriendo aspectos económicos y sociales, con el fin de concentrarse en lo que él denomina “una historia política clásica”, en parte debido a que lo primero requeriría un libro aún más largo, pero fundamentalmente por la importancia que tuvieron las dimensiones políticas en el intento del gobierno de Allende por refundar el Estado y la sociedad en Chile. Que haya fracasado el intento de revolución lo llevó a elegir como título del libro *La revolución inconclusa*.

El análisis de Fernandois comienza con la observación de que el derrocamiento de Allende fue uno de los momentos determinantes de la historia de Chile. Podría, incluso, haber afirmado además que fue uno de los eventos determinantes del siglo XX. No obstante, plantea que no es posible entender el período de 1970 a 1973 sin comprender claramente el desarrollo de la izquierda en Chile durante ese siglo. El gobierno de Allende heredó la historia previa de la izquierda y los primeros nueve capítulos están dedicados básicamente al análisis de esta izquierda en la historia de Chile.

Sin embargo, la historia de la izquierda de Chile tiene que ir a la par con el desarrollo del sistema político en general. Fernandois critica a aquellas personas que ven el desarrollo de Chile en términos de una democracia cada vez más fuerte, pero también critica a aquellas que plantean que Chile es una seudodemocracia que oculta un sistema de control oligárquico. Insiste en que se debe analizar el desarrollo político de Chile en términos comparativos, con un entendimiento claro de lo que ocurría en otros lugares en momentos críticos, principalmente en

---

tobiografías indispensables: por parte de la derecha está *La travesía del desierto*, de Andrés Allamand (Santiago: Aguilar, 1999), y por parte de la izquierda, *El sol y la bruma*, de Jaime Gazmuri (Santiago: Ediciones B, 2000); y por último, aunque versa sobre hechos posteriores al golpe de Estado, *Isla 10*, de Sergio Bitar (Santiago: Pehuén, 1987), esclarece las percepciones de los políticos partícipes del gobierno de Allende.

América Latina, pero también más allá, especialmente en Europa. Él asevera que “el desarrollo de Chile no fue muy diferente del desarrollo de muchas sociedades modernas”<sup>3</sup>. Considera errada la tesis según la cual Chile es excepcional y examina los episodios de quiebre de regímenes, la represión de protestas<sup>4</sup> y los intervalos autoritarios como el primer gobierno de Ibáñez. Aunque cree que fue positivo el desarrollo de una institucionalidad bien arraigada en el sistema político, critica el tamaño limitado del electorado hasta mediados de la década de los 50 y las amplias desigualdades socioeconómicas. En el contexto político, el electorado estaba compuesto, cuando más, por el 20 por ciento de la población adulta. Las mujeres no pudieron votar hasta el año 1949 y, antes de que se creara la *cédula única* en 1958, el fraude electoral fue común. Destaca la yuxtaposición entre el retrasado desarrollo socioeconómico y la avanzada e institucionalizada estructura estatal<sup>5</sup>. Ésas fueron las circunstancias que indujeron el desarrollo de una izquierda que tuvo una libertad relativa para organizarse políticamente (incluso, teniendo en cuenta la prohibición durante diez años del Partido Comunista a partir de 1948), dentro de una sociedad con suficientes desigualdades sociales para generar un apoyo progresivo a una izquierda comprometida con una reforma socialista radical. No es sorprendente que en Chile se desarrollara, quizás, la izquierda más avanzada de América Latina.

Fernandois explica muy bien las diferencias entre el socialismo y el comunismo en Chile:

El Partido Comunista es una organización que se sentaba sobre un movimiento obrero y sindical, sin ser de ninguna manera idéntico a éste. El socialismo en cambio era un estado de ánimo, un estilo, una mentalidad, más ligado a un desarrollo de idea central del país, e igualmente aspiraba en ocasiones identificarse con sectores sindicales, abarcando un amplio radio de acción social de la sociedad sindical. Mientras el comunismo tenía una trayectoria política y social más rectilínea,

<sup>3</sup> Joaquín Fernandois, *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2013), 9.

<sup>4</sup> Aunque hace referencia a la Matanza del Seguro Obrero sólo de pasada, parece apropiado discutirlo con mayor detalle en el contexto de algunos movimientos de la derecha (década de los 30 y 40) que fueron claramente autoritarios.

<sup>5</sup> Que es, desde luego, el argumento del libro altamente influyente de Jorge Ahumada: *En vez de la miseria* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958).

el socialismo se conectaba con el centro de sentimientos políticos y sociales y con un modo de expresarse que le parecía connatural a una *intelligentzia* cultural muy amplia.<sup>6</sup>

La disciplina del Partido Comunista se basaba mayormente en la fuerza del movimiento sindical, especialmente en los sindicatos de mineros del cobre y el carbón. Hay algo en los sindicatos mineros —no sólo en Chile, sino que en todo el mundo— que genera movimientos caracterizados por altos niveles de solidaridad y disciplina. Los sindicatos de mineros militantes en todo el globo son producto del aislamiento geográfico, la necesidad de confiar totalmente en los otros trabajadores durante las actividades peligrosas de la minería, las condiciones de vida escuálidas y el resentimiento hacia los empleadores inescrupulosos. La cohesión sociopolítica de las comunidades mineras me causó una fuerte impresión en la década de los 60, cuando conocí a los mineros del carbón en Lota y Coronel, lugares en que el tejido social de la zona estaba obviamente compuesto por una combinación del sindicato de los mineros y el Partido Comunista<sup>7</sup>. Un examen superficial de la base electoral de la izquierda mostraría el contraste entre la concentración de apoyo electoral al Partido Comunista en áreas de alta densidad sindical y el apoyo al Partido Socialista, que fue mucho más disperso y urbano.

A diferencia de los comunistas, aunque Fernandois no utiliza esta frase, los socialistas de Chile fueron políticamente románticos. En Chile, el socialismo de la década de los 60 fue tanto un club de debates —en que los diferentes grupos rechazaron de manera violenta los análisis de los otros, convencidos de que lo suyo era la única interpretación correcta—, como también un partido político. Definitivamente no fue disciplinado. Los debates versaban sobre la doctrina, no acerca de las políticas; la visión de la sociedad chilena estaba fundada en una aplicación bastante mecánica de las doctrinas marxistas. Por lo tanto, nunca se cuestionó la solidaridad de la clase trabajadora, rural y urbana, y se creyó, de modo injustificado, que eventualmente se convencería a la clase media (cuyo apoyo era crucial para la victoria en las elecciones) de sumarse al socialismo.

---

<sup>6</sup> Fernandois, *La revolución inconclusa*, 77.

<sup>7</sup> Y también por las iglesias pentecostales, aunque eso es materia de otro análisis.

Desde los comienzos de la izquierda a principios del siglo XX, el tema central fue si se debía destruir el sistema existente o trabajar al interior del mismo e intentar reformarlo. La postura del Partido Comunista dependía en gran medida de la postura de la Internacional Comunista, que variaba desde tácticas al estilo del Frente Popular a estrategias que insistían en una hegemonía del partido. Dentro del socialismo, había un permanente debate entre reformistas y revolucionarios, que alcanzó un punto culminante amargo y destructivo durante el gobierno de Allende.

Hoy a veces es difícil recordar lo intenso que fueron los conflictos ideológicos de la década de los 60, y no sólo en Chile. Ese decenio fue la era de la Revolución Cubana; de los movimientos guerrilleros en toda América Latina, especialmente en Argentina y Uruguay; de las rebeliones estudiantiles en Francia y en Europa en general; de los terroristas de las Brigadas Rojas en Italia y del Baader Meinhof en Alemania; y de la oposición al involucramiento de Estados Unidos en Vietnam y en otros lugares. Quizás, más que cualquier otro país de América Latina, Chile fue tanto observador como partícipe de los debates ideológicos internacionales. En efecto, el esquema de los partidos se asemejaba a algunos de Europa, y al menos dos colectividades chilenas —el PDC y el PC— tenían vínculos estrechos con las de Europa: en el caso del primero, con el Partido Demócrata Cristiano de Italia, y el segundo, con el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Por supuesto, hubo diferencias entre los partidos en Chile y los de nombre similar en Europa. El PDC fue mucho más radical que su homónimo de Alemania —para qué decir de Italia—, y junto con algunos de la izquierda enfrentaba el dilema de desear una transformación radical y rápida del sistema existente y, al mismo tiempo, querer un cambio gradual compatible con la democracia chilena. Al igual que en el socialismo, dentro del PDC emergieron facciones opositoras, lo que eventualmente culminó con el éxodo de un grupo importante de jóvenes intelectuales que formaron el MAPU (que más tarde se unió al gobierno de Allende). Sólo la derecha política parecía indecisa respecto de la dirección que debía tomar en las nuevas circunstancias de los 60, lo cual no se resolvió hasta que dos antiguos partidos —Conservador y Liberal— se juntaron para formar el Partido Nacional.

El PS chileno nunca fue miembro de la Internacional Socialista (que fue derecho exclusivo del Partido Radical). Se inspiró en una va-

riedad de fuentes. Probó las políticas de la Yugoslavia de Tito, basándose —como señala Fernandois— en una comprensión inadecuada de las realidades de ese país. Más importante aún fue la profunda influencia que recibió de la Revolución Cubana, con su énfasis en la lucha armada. No es sorprendente que los comunistas más cautelosos miraran aprensivamente la creciente radicalización del PS y que, en el lenguaje del comunismo, consideraran las actividades de los más radicales de los grupos del PS como una “desviación izquierdista”.

Fernandois insiste en que se debe analizar el compromiso hacia el socialismo y el comunismo como una decisión consciente de adoptar una clase distinta de cultura política que él define como “un espacio de sentimientos y mentalidades”<sup>8</sup>. Ser un militante de izquierda significaba ingresar en un mundo definido de normas estrictas, exigencias específicas y detalladas, y un compromiso con creencias y textos fundamentales. La militancia formaba las amistades, la vida social y, para el PC, podría incluso significar la aprobación de una propuesta de matrimonio. La izquierda tenía muchos intelectuales que podían dar un grado de sofisticación a su visión del mundo, y Neruda en particular fue objeto de una cierta veneración popular que traspasaba las fronteras de la izquierda. Unirse a los partidos de la izquierda significaba adoptar un estilo de vida en el que la peor sanción era la expulsión del partido. Es más fácil entender la fuerza de los vínculos de la colectividad en comunidades cerradas y remotas como Lota y Chuquicamata, pero no tanto en centros urbanos más abiertos. Si Moscú fue un modelo para los comunistas, La Habana lo fue para los socialistas, y Fernandois cita largamente las declaraciones de personeros del PS que abogaban por una acción revolucionaria violenta<sup>9</sup>. Allende, por su parte, al decir que él sería el Castro de Chile, pero que sus métodos serían diferentes, realiza una declaración extraña, porque parte crucial del castrismo fueron ciertamente los métodos del mismo. El PC fue más cauteloso con sus doctrinas, pero insistía en que la *vía democrática* no era necesariamente equivalente a la *vía pacífica*.

---

<sup>8</sup> Fernandois, *La revolución inconclusa*, 25.

<sup>9</sup> Recuerdo haber asistido a una reunión del Partido Socialista a fines de los 60, en la que habló Altamirano aconsejando una revolución armada. Cuando un seguidor entusiasta preguntó el momento en que acaecería, su respuesta fue: “Bueno, esa es una pregunta orgánica”. Una respuesta que dejó tan confuso al seguidor como a mí.

Existen ejemplos de otros partidos y movimientos en América Latina que crearon mundos cerrados para sus militantes: el peronismo en Argentina o la Acción Democrática de Venezuela. Pero yo creo que Chile es el único país de América Latina en que dos partidos de la izquierda generaron un nivel tan profundo de compromiso político con las ideas centrales del marxismo, sin que ellos mismos fueran resultado de la oposición a una dictadura política<sup>10</sup>.

De ahí surge la duda, desde luego, de hasta qué punto compartía la población general el debate emocional y extremo de las élites de los partidos. Nancy Bermeo es escéptica y argumenta que no era común encontrar en el electorado la radicalización de las élites de los partidos. Resalta la estabilidad de las identidades políticas y la longevidad del compromiso popular con el discurso democrático y no revolucionario. También afirma que el aumento de votos para la izquierda se explica por el rápido crecimiento de los inscritos y no por la mayor radicalización del electorado. Los inscritos crecieron desde 18 por ciento de la población en 1957, hasta el 36,4 por ciento en 1970, aumento que se debió, en gran parte, al otorgamiento de los derechos de sufragio y derechos políticos a los pobres. También sostiene que “lo que sorprende más respecto del mayor apoyo para la izquierda entre 1965 y 1969 no es que haya ocurrido, sino que se produjo a tan pequeña escala. (...) La composición de los votantes demostró notables continuidades en el tiempo y el centro político se mantuvo admirablemente flexible”<sup>11</sup>. En otras palabras, la izquierda nunca logró, incluso con su más alta votación del 43 por ciento en 1973, el apoyo de una mayoría de la población, y el aumento de sus votos podría explicarse por el hecho de que fue la primera elección en que quienes tenían 18 años y los analfabetos pudieron sufragar.

Allende hablaba el lenguaje del socialismo revolucionario y abogaba por los distintos representantes internacionales de grupos y regímenes revolucionarios, lo que parecía dejar en claro, sin lugar a dudas,

---

<sup>10</sup> Una brillante explicación de lo que fue ser militante comunista se encuentra en la biografía que escribió Roque Dalton sobre el revolucionario salvadoreño Miguel Mármol (*Miguel Mármol*, Melbourne: Ocean Press, 2007). Y una nota triste sobre el sectarismo de la izquierda en ese país es el asesinato de Roque Dalton por un grupo rival en la izquierda salvadoreña.

<sup>11</sup> Nancy Bermeo, *Ordinary People in Extraordinary Times* (New Jersey: Princeton University Press, 2003), 144 y 152.

sus credenciales revolucionarias. Pero siempre es más fácil predicar la necesidad de revolución en otros países. Dentro del PS, tenía rivales que dudaban de su sinceridad ante la revolución y criticaban su estilo de vida. Sin embargo, como señala Fernandois, hubo un “*pueblo allendista*”, es decir, un electorado más grande que los votantes comprometidos con el partido, lo que significaba que Allende era indispensable si el PS deseaba ganar puestos políticos. Un ejemplo de la hostilidad hacia Allende es la mala gana con que la directiva del partido anunció que él sería su candidato para la elección de 1970, momento que se destaca por ser la primera vez que el PS no fue capaz de tomar una determinación unánime.

Fernandois dedica un largo capítulo a Allende, examinando sus orígenes, su paulatino desarrollo político, sus creencias y su estilo de vida<sup>12</sup>. Allende fue, en gran medida, el producto de su época y sería difícil imaginarlo como un actor político principal en la política profesional de las décadas siguientes. Observa que Allende, a diferencia de la mayoría de los políticos de ese momento, nunca tuvo una base geográfica específica y representaba áreas desde el norte hasta el sur de Chile, lo que ayuda a explicar su apoyo popular. Allende hizo saber que, a pesar de sus ideas revolucionarias, deseaba efectuar un cambio radical sin violar la Constitución ni las leyes, aunque de ahí surge la pregunta de cómo se interpretan la Constitución y las leyes; un tema que se transformó en eje del conflicto político durante su gobierno<sup>13</sup>. Es posible que su postura legalista fuera parte de su amplio atractivo, pero deterioró su autoridad dentro del PS, en el que muchos miembros lo vieron como insuficientemente revolucionario en cuanto a su política y principios, y demasiado inclinado a hacer los tratos políticos que rechazaban los sectores más radicales. Las relaciones entre Allende y el PS se parecían a un matrimonio infeliz que se mantiene unido por la fuerza de las circunstancias. El PC probaría ser un aliado más confiable.

Tal como se esperaría de un observador cercano de Chile en el mundo, Fernandois examina el impacto de la Guerra Fría en su país.

---

<sup>12</sup> Víctor Figueroa Clark publicó hace poco una biografía corta y esclarecedora sobre Allende, denominada *Salvador Allende: Revolutionary Democrat* (Londres: Pluto Press, 2013).

<sup>13</sup> Se planteaba, por ejemplo, que la justificación legal tras muchos decomisos de fábricas y la intervención del Estado en la economía (la ASPs) fue contraria al espíritu de las leyes y fue diseñada para pasar por alto al Congreso.

Los hechos que marcaron la intervención de Estados Unidos en Chile en 1964 son bien conocidos, pero aún se debate cuánto influyó esto en el curso de la política chilena<sup>14</sup>. Fernandois argumenta que Estados Unidos podía dar ayuda a sus aliados, pero no podía determinar sus estrategias y tácticas. Para equilibrar la mayor cobertura que normalmente recibe el rol de Estados Unidos, analiza el alcance del apoyo de la Unión Soviética a la izquierda chilena y comenta sobre la obsesión de la izquierda con la República Democrática de Alemania (RDA). Los elogios a la RDA emitidos por la izquierda —aun cuando el motivo principal fue la búsqueda de apoyo financiero— hacen recordar a los observadores británicos que hablaban entusiasmados sobre la nueva “utopía” en la Unión Soviética después de visitarla durante la época de hambruna y terror.

El libro de Fernandois relata el desarrollo del gobierno de la Unidad Popular comenzando con las elecciones de 1970 y cuenta con detalles bien documentados la historia de los tres candidatos y sus campañas. Jorge Alessandri fundó la suya en su personalidad en lugar de una declaración detallada de principios. Su edad constituía una desventaja en los programas de televisión y fue objeto de un trato abusivo y mordaz en los medios de comunicación. Si Alessandri fue una mala elección para la derecha (aunque no está claro si había un mejor candidato), Radomiro Tomic resultó ser un mal candidato para el PDC. Necesitaba desesperadamente no perder terreno en la izquierda, pero su programa se veía como un repudio al gobierno anterior del Presidente Eduardo Frei; además, su base de apoyo fue debilitada por la deserción de los intelectuales del MAPU. Allende contaba con el apoyo del PC, pero el PS fue más ambiguo. Símbolo de la actitud del PS fue su insistencia en que el programa era el que tenía importancia y no el candidato. Sin embargo, Allende podía contar con un apoyo más amplio que los militantes de la izquierda y, de todas maneras, él sabía desarrollar a la perfección una campaña política.

Los indicios de obstáculos que enfrentaría la izquierda estaban ya claramente desplegados en las estadísticas electorales. Allende fue un Presidente de la minoría; su apoyo entre las mujeres votantes fue mucho menor de lo que fue para Alessandri y no mucho más de lo que

---

<sup>14</sup> En la obra de Tanya Harmer, se analiza la participación de Brasil, a menudo ignorada, en la política nacional chilena.

era para Tomic. Es poco probable que el 35 por ciento que votó para Alessandri fuera a aceptar una revolución socialista, y debido a que muchos del ala izquierda del PDC habían formado otros partidos, la base electoral del PDC también era más conservadora que en el pasado. Los augurios electorales de una revolución exitosa —aunque fuera una *de empanadas y vino tinto*— no eran auspiciosos, a menos que la izquierda hubiese logrado atraer a un número sustancial de aquellos que no votaron por Allende en 1970. Y como ya sabemos, eso no ocurrió.

Las maniobras posteriores a las elecciones para impedir que Allende asumiera no fueron nada más que el prelude de lo que siguió. Desde aquellas que querían elegir a Alessandri con el apoyo del PDC a los intentos desde el ejército para crear una situación de caos (incluyendo el fracasado secuestro del general Schneider, realizado con el respaldo de la CIA y de la Casa Blanca), todas fracasaron porque, según argumenta Fermandois, el tiempo no era el propicio. Pocos en las Fuerzas Armadas querían tomar acciones precipitadas; el PDC negoció un conjunto de garantías que mantuvo a la mayoría de sus militantes dispuestos a aceptar el resultado electoral. Había una sensación de que Allende no sería tan malo como se temía: después de todo, no era comunista. Por sobre todo, el asesinato del general Schneider desalentó a los posibles conspiradores a tomar acciones inmediatas. La mayoría de los opositores a Allende aceptó la posición de Patricio Aylwin, conforme a la cual con el conjunto de garantías “tendremos una cancha adecuada para dar con posibilidades de éxito la pelea que en estos momentos es preciso dar en Chile”<sup>15</sup>.

La historia de los años de Allende es similar a la de esas tragedias en que se sabe el final, pero donde la narración detallada de los eventos —como en este libro— cautiva al lector en la medida en que se intensifica la lucha por el poder, se extiende el conflicto a las calles y campos, el gobierno intenta desesperadamente mantenerse en el poder, las fuerzas de la derecha movilizan su apoyo y las fuerzas armadas avanzan eventualmente al centro del escenario con el brutal Golpe de Estado en 1973. Fermandois cita a Tomic, quien expresó esta idea de una tragedia inevitable:

“(…) Como en las tragedias del teatro griego clásico, todos saben lo que va a ocurrir, pero cada cual hace precisamente lo necesario para que suceda la desgracia que pretende evitar”<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Fermandois, *La revolución inconclusa*, 345.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 743.

Fernandois cubre muchos de los aspectos de estos años turbulentos: la economía, la reforma agraria, el sistema judicial, la situación internacional, los conflictos entre los partidos y al interior de los mismos, la brutalidad de la prensa para ambos lados y el rol de los actores internacionales. Cada lucha parecía tener que ver con el poder; la toma de empresas por el sector estatal, argumenta, trataba más del poder político que de la política económica.

Si alguien deseara una narración completa de estos años turbulentos, la encontrará en estas páginas. Pero el libro es más que eso. Escribir sobre este período de una manera equilibrada —evitando hacer una denuncia de las insensateces de la izquierda o una declaración de que las conspiraciones internacionales condujeron a la caída del régimen— es difícil. Esté uno de acuerdo o no con algunos de sus argumentos, aquí hay una base para un debate informado, aunque los interesados en los cambios sociales o culturales de la UP tendrán que buscarlos en otra parte.

Por lo menos, en el primer año, hubo algo de optimismo generado por el crecimiento económico, aun cuando la política “tenía algo de revolucionario y mucho de populista”<sup>17</sup>. Se daba impulso al crecimiento económico con el aumento dramático de la masa monetaria y el crecimiento correspondiente de las remuneraciones. Sin embargo, ello era una base frágil para un desarrollo sostenido. Aunque es dudoso que Allende conociera bien los textos clásicos del marxismo, está bastante claro que no era economista. Ni él ni su equipo previeron los problemas económicos que comenzaron a aparecer al final de su primer año —o, si los vieron, abogaron por una aceleración de los programas de nacionalización, que, aparte de ser mal concebidos y ejecutados, eran en sí mismos, de distintas maneras, la fuente de la crisis económica—. La excepción fue una nacionalización que serviría bien a Chile en los años por venir, la del cobre, aprobada con el apoyo tanto de la derecha como de la izquierda. No obstante, ésta también fue un área donde el bloqueo de Estados Unidos de repuestos vitales para la industria tuvo efectos adversos en la producción.

Sin embargo, aunque la política económica de la UP fue mal concebida, debe hacerse notar que la trayectoria de la política económica de Chile era muy lúgubre hace incontables años. Ningún gobierno, ya

---

<sup>17</sup> Fernandois, *La revolución inconclusa*, 380.

fuera radical, de la derecha o del PDC, había sido capaz de combinar crecimiento económico con bajas tasas de inflación, o capaz de reducir la desigualdad o abordar las espantosas condiciones de la fuerza laboral en el campo. Desde luego, hubo algunas reformas positivas: la creación de la Corfo en el período del Frente Popular; las reformas agrarias, apocadas bajo Alessandri pero mejores bajo Frei, aunque seguían siendo inadecuadas; y una mejora en el nivel de vida durante el gobierno de Frei. Pero en general, a largo plazo, el crecimiento había sido deficiente; la inflación, demasiado alta; la productividad, mala; y la pobreza, generalizada. Incluso los primeros diez años del gobierno de Pinochet fueron lamentables en términos de un crecimiento estable, y a pesar de las reformas del grupo Chicago, el gobierno de Pinochet se fue del poder con altos niveles de pobreza, niveles aún más altos de desigualdad y una inflación creciente. Sólo el período que comienza en 1990 representa un verdadero despegue del patrón chileno de deficiente rendimiento económico, lo que fue acompañado de un marcado progreso social.

Nada de lo anterior tiene por objetivo sugerir que no son acertadas las críticas que hace Fermandois a los fracasos de las políticas monetarias y fiscales, a la dudosa legalidad del Área de Propiedad Social y a la reforma agraria que reprodujo nuevamente los fracasos de la colectivización de la agricultura. Pero no es cierto que la UP arruinó una economía próspera. Los problemas económicos de Chile estaban bien arraigados y eran de largo aliento. Cualquier gobierno que hubiera asumido el poder en 1970 habría enfrentado una presión enorme para efectuar cambios sociales progresistas, debido a la intensidad de las demandas políticas favorables a un cambio radical, reflejadas en las promesas de campaña de Tomic (del PDC), como en las del mismo Allende. Si éste último hubiera mantenido el control político sobre su coalición, si su equipo económico no hubiera sido tan dogmático y poco dispuesto a cambiar de rumbo, si el ritmo de cambio no hubiera sido tan raudo, el final podría haber sido diferente. Si la situación internacional hubiese sido más propicia —ya sea en movimientos de precios internacionales favorables en vez de adversos, o si no hubiesen existido los boicots organizados por Estados Unidos—, el camino de la reforma podría haber sido más fácil. Los precios internacionales fluctuaban adversamente para la UP, porque los precios de los alimentos (que Chile estaba importando con más frecuencia) subieron y los del cobre bajaron, a lo que

siguió la crisis del petróleo de 1973. Habrían sido difíciles tiempos para cualquier gobierno, sin importar su orientación política.

Hubo una considerable continuidad electoral, acompañada de un aumento masivo en la movilización social, porque “el poder popular” y los “cordones industriales” salieron a las calles para apoyar al gobierno. Pero también lo hicieron los mineros del Teniente y los diferentes gremios que se oponían a la UP. La derecha política de Chile no iba a aceptar jamás las reformas que proponía la UP, incluso si hubieran sido mejor diseñadas e implementadas o si la retórica política hubiese sido menos confrontacional. Al final de cuentas, el gobierno de la UP no pudo generar suficiente apoyo social para obligar la implantación de sus políticas y lograr algún grado de estabilidad política.

Fernandois habla mucho sobre las ambigüedades de Allende. ¿Estaba verdaderamente comprometido con un camino democrático hacia la revolución, como enfatizó tan a menudo, o en última instancia la meta revolucionaria tenía prioridad sobre los medios democráticos? Además de lidiar con las fuerzas opositoras, Allende estaba constantemente equilibrando las cosas dentro de su propia coalición. No es sorprendente que su discurso se adaptara al público al que se dirigía. Quizás su retórica hubiera sido más moderada si hubiese tenido un apoyo disciplinado. Debido a que enfrentaba a un Partido Socialista que pretendía, cada vez con más fuerza, tomar el poder por todos los medios, la única manera que tenía de mantener su poder era adoptar el lenguaje de la izquierda extrema. Pero indudablemente fue un error reclutar sus guardaespaldas del seno del MIR, como lo fue también declarar que él no era Presidente de *todos* los chilenos, aunque después intentó paliar esa declaración.

El poder y la autoridad de Allende parecieron desvanecerse en la medida en que el auge de 1971 se transformaba en el colapso económico de los dos años siguientes. Fracasaron sus intentos desesperados por lograr un acuerdo con el PDC y calmar los ánimos políticos involucrando a las fuerzas armadas en el gobierno. Y Castro se quedó demasiado tiempo en Chile: finalmente, es posible que la derecha haya ganado más capital político con su visita que la izquierda.

La política y los conflictos políticos parecían absorber todos los aspectos de la vida social y económica; incluso el sistema legal, puesto que el poder judicial se oponía fuertemente a la creación de una “jus-

ticia popular”. Es difícil imaginar que una sociedad pueda sobrevivir a tan alto grado de polarización y movilización. No parecía haber solución en Chile. El gobierno perdió su poder no sólo frente a sus opositores, sino que también frente a sus partidarios. Allende caminaba sobre la cuerda floja y finalmente ni siquiera su destreza política podría evitar la catástrofe. Los resultados de las elecciones de 1973 señalaron y reforzaron la polarización en dos grupos. Fernandois comenta que la UP exageró la naturaleza positiva del 43 por ciento que había ganado, en tanto que la derecha se mostró bastante pesimista respecto de su voto de mayoría simple. El resultado fue que la izquierda exageró su apoyo y aceleró el proceso de reforma, mientras que la derecha creyó cada vez más que la única solución estaba en un derrocamiento violento de la UP.

Un voto del 43 por ciento no es malo considerando el peligroso estado de la economía, pero sólo podría haber aumentado ganando un apoyo sustancial de los sectores medios. Allende enfatizó constantemente que las pequeñas y medianas empresas y los profesionales del sector privado y público serían incorporados en el proyecto de la UP. Pero no le creyeron. La retórica de la izquierda en general alababa a la clase obrera por sobre todas las demás, y la realidad de las ocupaciones arbitrarias de las fábricas desconsolaba exactamente a aquellos pequeños emprendimientos que Allende quería atraer a su lado. Al empezar, la UP nunca tuvo el apoyo de los sectores medios y tampoco lo logró después de asumir el poder. ¿Cómo se puede ganar una revolución democrática sin el apoyo mayoritario de la población? Si Allende estaba consciente de este dilema, su posición era minoritaria al interior de la UP.

Esto indica un problema general respecto de la manera en que la UP analizó la estructura social de Chile. Se supuso que había claras divisiones de clases y que la lógica de la acción obligaría a la mayoría de la sociedad a formar parte de una coalición contra la minoría de los grupos de la clase alta. Pero lo erróneo de este análisis se vio en el hecho de que no se pudo convencer a sectores importantes de la clase media. Había múltiples grupos sociales que componían la denominada “clase media”, pero no existía ninguna visión política que los llevara hacia la UP. Las tomas de las fábricas asustaron a los propietarios de empresas grandes y chicas; los empleados profesionales votaron en masa por el PDC en las elecciones sindicales; los sindicatos rurales recientemente

formados se aliaron tanto con la derecha y el centro como con la izquierda. Las huelgas pueden haber sido ejemplo de la militancia de los obreros, pero fueron un duro golpe para la economía. Las huelgas en el sector privado crecieron de 564 en 1964 a 2.377 en 1972, y a 2.474 en 1973, con más de un millón de días-hombre perdidos. Sólo en el sector público, en 1972 hubo 815 huelgas, con cerca de medio millón de días-hombre perdidos.

La UP fracasó en sus intentos de ganar el voto femenino. Sólo una minoría de mujeres participaba de la fuerza laboral, y no en empleos que normalmente se sindicalizaban. Aunque las mujeres en situación de pobreza se beneficiaban de mejores políticas de vivienda y del suministro de alimentos generado por las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), la sensación de crisis constante, los aprietos de la vida cotidiana y los problemas para sostener unida a la familia ayudan a explicar por qué, si el 46 por ciento de los hombres votó por la UP en 1973, sólo el 36 por ciento de las mujeres lo hizo<sup>18</sup>.

Podría parecer sorprendente que el 43 por ciento del electorado votara en marzo de 1973 por un gobierno incapaz de generar una política económica que funcionara. Pero hay que recordar que en esa época Chile era una sociedad muy desigual, con áreas rurales más parecidas al siglo XIX que al siglo XX. Existía una verdadera necesidad y demanda por la redistribución de ingresos, por mejores políticas habitacionales y sociales, por una reforma rural, por una modernización de la estructura industrial; todos problemas reconocidos pero no solucionados por el gobierno de Frei, a pesar de sus mejores intenciones. El apoyo popular para la UP fue fortalecido por las JAP, que obtenía adecuados suministros de alimentos para los pobres<sup>19</sup>. Hubo muchos avances en las políticas habitacionales, aumentaron los sueldos (aunque demasiado rápida e indiscriminadamente para la estabilidad económica) y hubo mucho para admirar en el área cultural: nuevas canciones y nuevos conjuntos, el teatro y las artes. Con todo, nada de esto fue capaz de conquistar un apoyo mayoritario para la UP.

---

<sup>18</sup> Intento analizar estos temas en “Political Mobilisation and Class Alliances in Allende’s Chile”, en *A Contra Corriente* 7 (2), invierno 2010.

<sup>19</sup> Fermeandois comenta que, aunque el pueblo se quejaba mucho de las colas para obtener alimentos, había un lado positivo, puesto que dichas colas también constituían lugares de encuentro para la interacción social.

Fernandois es ansioso en desacreditar la tesis de que la planificación del Golpe de Estado de 1973 se inició poco después de la elección de 1970 e insiste, a pesar de todo lo dicho sobre la participación de Estados Unidos antes y después del Golpe, en que ésta fue a lo más un factor secundario. El golpe se hizo en Chile y por los chilenos. No cabe duda de que las fuerzas militares estadounidenses se mantenían en estrecho contacto con sus contrapartes chilenas, pero la UP gozaba por igual del apoyo de Cuba, a pesar de que la ayuda tanto de la Unión Soviética como la de la RDA fue decepcionantemente inadecuada.

Fernandois traza el proceso mediante el cual las fuerzas armadas, que no estaban para nada comprometidas con una intervención política en el primer año del gobierno de la UP, experimentaron una transformación gradual en respuesta a la creciente violencia y, sin duda influenciadas por la postura cada vez más confrontacional de la derecha política, eventualmente decidieron derrocar el gobierno.

El tema de las fuerzas armadas pasa a ser central en las últimas páginas. Fernandois observa que por lo menos Allende había intentado consistentemente ganarse a las fuerzas armadas al tiempo que respetaba su autonomía. Por ejemplo, trató de vincular la idea de seguridad nacional con el desarrollo económico y social que esperaba lograr. También es obvio que los líderes de las fuerzas armadas —como Carlos Prats— respetaban los derechos del Presidente de crear políticas públicas y de solicitar el apoyo de las fuerzas armadas. Pero hubo otras maneras en que la UP intentó influenciarlas, por ejemplo, creando células de fieles a la UP que podrían resistir las posibles acciones de los opositores derechistas al gobierno. Las fuerzas radicales de la UP, especialmente el MIR y sectores del Partido Socialista, exageraron tanto su número como su capacidad de actuar. Se sabe que no son un mito porque hay evidencia de sus acciones, especialmente en la armada. Pero, al fin y al cabo, la existencia de estos grupos fue contraproducente debido a que se llegaron a ver como una amenaza para la unidad de las fuerzas armadas y un ataque contra su profesionalismo, un motivo más para juntar apoyo para un golpe en el seno de las fuerzas armadas.

Parece inconcebible que en una situación de violencia diaria *in crescendo*, con una economía que caía en una crisis cada vez más profunda, con los llamados de la derecha y de los sectores productivos, alentados por Brasil y Estados Unidos, y con el país dividido en dos

bloques antagonistas, el ejército hubiese resistido tomar una acción tan decisiva. No obstante, surgen dos preguntas.

¿Por qué las fuerzas armadas no impusieron un gobierno provisorio para preparar el camino para el retorno a un gobierno democrático? Después de todo, las fuerzas contra la UP constituían una mayoría. Fernandois ofrece varias razones. Para poder organizar un golpe en una sociedad con una fuerte tradición constitucional como Chile, los argumentos a su favor tenían que ser basados en el hecho de que el deterioro era tan grande que el camino a la reconstrucción sería largo y que un retorno rápido al imperio de los políticos no sería suficiente para lograr la estabilidad. Los conspiradores también creyeron que el golpe sería enfrentado con violencia, aunque en la práctica exageraron el alcance de esa amenaza. Por ende, a su juicio, era necesario un período prolongado de dominio militar para encargarse de esas amenazas. Las fuerzas militares sabían que tenían el respaldo de la derecha y de los sectores productivos para un nuevo comienzo y confiaban en que recibirían apoyo internacional de los países que les importaban, es decir, Brasil y Estados Unidos. Además, como señala el autor a través del libro, las familias de las fuerzas militares habían sufrido privaciones bajo el imperio de la UP y presionaban constantemente para que las fuerzas armadas hicieran algo.

Un equipo económico experimentado estaba esperando tras bambalinas para justificar cómo un golpe era la única manera de lograr reformas económicas. Que este equipo, como pensaban las fuerzas armadas, tenía la clave para una reforma exitosa de la economía chilena fue otro de los motivos para querer un largo período de dominio. Y para tratar de establecer legitimidad política estaba Jaime Guzmán, presto a dar la orientación para un futuro Estado autoritario.

La segunda pregunta es: ¿por qué fue tan brutal el Golpe? Se podía esperar una represión inicial violenta de los militantes pro UP, pero una vez que el imperio militar fue firmemente establecido, lo que se logró rápidamente, ¿por qué continuaron las torturas, ejecuciones y desapariciones por tanto tiempo? Si las fuerzas militares encontraron tan poca resistencia y si después de un período inicial se eliminó a la mayoría de los grupos de resistencia y se exiliaron a miles de activistas, ¿por qué el gobierno militar persistió en su violación de los derechos humanos? Fernandois podría haber abordado este tema en la conclusión, porque

el origen de estas políticas está en el período que él cubre, y entregarnos alguna luz sobre la naturaleza de la conspiración para derrocar a la UP.

*La revolución inconclusa* es un libro largo y espero que esa extensión no desanime a potenciales lectores, porque una vez que se empieza, es difícil dejar a un lado este fascinante relato. Es lectura obligatoria para el estudio del régimen de Allende y de la izquierda en Chile. ¿Podría el autor, quizá, ser persuadido la próxima vez a aplicar sus talentos para contar la historia de la derecha en Chile?<sup>20</sup> EP

---

<sup>20</sup> Porque ya ha escrito un ensayo lúcido e iluminador sobre la derecha en su crítica a *La travesía del desierto*, de Andrés Allamand, publicado por *Estudios Públicos* 78.